



Sebastián Miranda  
**MIGUELÓN**

No creo que hubiese ningún tipo a quien le cuadrase mejor el nombre de <<lobo de mar>> que a este singular Miguelón. Viejo popularísimo en el barrio de Cimadevilla, gruñón, maldiciente y rebelde. Iba siempre solo, mascullando por lo bajo palabras incoherentes contra la gente, contra el tiempo, contra todo lo divino y humano. En su larga vida había naufragado cinco veces, salvándose siempre milagrosamente a fuerza de energía y de valor. Las gentes decían de él:

- Es hijo del demonio. Ni el mismomar le quiere tragar por miedo a envenenarse. Ya le conoció mi <<güelo>> hace cincuenta años, tal como está hoy, como un sermiente, encorvado y encogido.

Sin embargo, a través de todos estos comentarios no se traslucía ni encono ni seña contra él. Y buena prueba de ello era que cuando los barcos llegaban de arribada al muelle, siempre le daban un pescado, sin que él lo solicitase, diciéndole:

- ¡Toma, Miguelón, a ver si sacas para vino y al fin revientas de una borrachera!

Aseguraban que nunca había dormido bajo techado. Lo hacía a veces acurrucado en una barca varada en el muelle; otras en el quicio de un portal; pero su sitio preferido era el muro recayente al mar, que bordeaba la empinada cuesta que conduce a Cimadevilla, y desde el cual lo contemplan los marineros con silencioso arrobó y atracción misteriosa. Desde allí se cayó un día al quedarse dormido, fracturándose la espina dorsal. De entonces databa su corcova.

Nos hicimos amigos. Repudiado por todos y sufriendo las burlas de todos, me inspiró lástima y cierta simpatía. Casi siempre dejaba yo el coche intencionadamente a bastante distancia de la Rula (donde adquiría algún pescado) para verme obligado a caminar gozando del encanto del muelle, con sus barcos, con sus tipos tan diversos, con las luces que se reflejan en el agua, con sus olores a brea y resina. Me acompañaba casi siempre Miguelón para llevarme el pescado hasta el coche y darle a ganar algunas pesetillas.

Desde hacía algún tiempo venía insinuándome la idea de llevarme a dar un paseo en su barca, tan vieja y destartada como él. Por no desairarle acepté en principio su invitación, pero pensando despuñes más cueradamente en lo que exponía fui demorando la fecha hasta dejarla sin efecto definitivamente. No sé cómo ni por dónde cundió la noticia del proyecto que acariciaba Miguelón. A mi paso por el muelle marineros y pescaderas nos abordaban con frecuencia:

- No se le ocurra salir a la mar con ese viejo borracho si quiere acabar el retablo. ¡Se lo juro yo! ¿Usted sabe lo que va a hacer? Ya puede encomendarse a Dios, porque ese día no vuelve.



Miguelón farfullaba las más terribles injurias contra unos y otros, y la gente se apiñaba con burlona curiosidad, acreciendo el escándalo por momentos hasta que conseguía llevármelo.

- No les haga caso –me decía- Conmigo puede ir al fin del mundo y bien seguro, sin que le ocurra nada.

Y pasaban los días, y unos porque estaba la mar picada, otros porque amenazaba tormenta, siempre buscaba yo una disculpa para aplazar el paseo. En realidad las advertencias y consejos de todas aquellas gentes fueron haciendo tal mella en mi ánimo, ya de suyo apocado, que me negué resueltamente a emprender la aventura. Lo que acabó de impresionarme más fue la opinión de Za-Za. Era éste un marinero de lo más ponderado y serio que he conocido. A causa de su tartamidez le apodaban Za-Za. Poseía un agudo sentido crítico y, algunas veces, cuando el tiempo le impedía salir a la mar, entraba en mi taller, se sentaba silenciosamente a verme trabajar y de cuando en cuando hacía una observación, casi siempre atinada:

- ¿Quién es ése que puso usted ahí, al lado de Pin-Pon? ¡Quítelo!
- ¿Es que no te parece bien, Za-Za?- le preguntaba.
- Ya sabe que a mí me gusta todo lo que usted hace, pero ese tipo no es de la mar.

Y en efecto: era de tierra adentro. Todavía hoy no puedo saber cómo podía diferenciar a las gentes del mar de las otras.

Sentía hacia mí un gran afecto, y jamás me importunó pidiéndome nada. De tarde en tarde cuando no iba a la mar le hacía algún regalito, que aceptaba silenciosamente y con gran dignidad. Al enterarse de mi proyectada excursión me dijo:

- No debe ir, don Sebastián; es una temeridad. Miguelón fue un gran marinero hace treinta años. Valiente si los hubo, pero ahora está <<cascao>> y viejo. En todo caso, si tanto empeño tiene en correr una aventura, avíseme, que yo iré en otra lancha detrás, por si acaso.

Un día Miguelón, esforzándose por levantar la cabeza y mirándome con gran pesadumbre, me preguntó:

- Entonces ¿usted no viene porque tiene miedo?
- Sí, Miguelón, y no poco. Me avergüenza tener que confesarlo; pero, en fin, por darte gusto lo voy a vencer y mañana mismo, si hace buen tiempo, prepara tu barca para después de almorzar y... ¡sea lo que Dios quiera!

Y al día siguiente amaneció espléndido, el mar muy tranquilo. Ya no había otro remedio. Estaba decidido. Allí, al pie de su barca, me esperaba Miguelón. Al descender por la rampa unos marineros dieron la voz de alarma, y como un reguero de pólvora fue extendiéndose la noticia por todo el puerto de Fomento y Cimadevilla. Entre tanto Miguelón, triunfante, remaba para alejarse y dejar de oír las voces que clamaban:

- ¡Vuélvase, don Sebastián, que lo va a <<afogar>>!

Yo me reía al escuchar las palabras e injurias que salían de la boca de Miguelón, y juzgaba algo exageradas tantas advertencias. La gente iba afluendo a centenares a la punta de



Lequerica. Doblamos ésta y salimos del puerto mar afuera. El muro iba alejándose, mientras yo veía apiñarse en el mayor número de personas gesticulantes.

Volví la vista hacia Miguelón, que seguía remando con gran denuedo. En esto observo con cierta inquietud que por el fondo de la lancha, entre las tablas, se colaba un poco de agua.

- <<Non>> tenga miedo, tranquilícese, eso no es nada.

Pero el agua iba aumentando lentamente.

- Levante las piernas y ponga los pies aquí <<pa>> no mojarse; esto lo arreglo yo en un periquete.

Y dejando los remos cogió un pequeño tanque y se dispuso a desaguar la lancha. Comencé a alarmarme.

- ¿No será más prudente que volvamos, Miguelón?

Estábamos frente a Santa Catalina. A lo lejos divisábamos la playa de San Lorenzo. Mi angustia aumentaba en la misma medida que el agua que se colaba en la barca.

- Estoy seguro de que esto es obra de un hijo de mala madre, que desclavó alguna tabla del fondo <<pa>> que zozobrásemos. Y..., a propósito, don Sebastián, ¿usted sabe nadar?
- Lo que sí sabría era echar sobre ti las mayores maldiciones si no creyera más justo volverlas contra mí mismo por desoír a todos los que me aconsejaron que no acometiese este disparate. Pero vamos a ver: ¿no tienes estopa o algún trapo con que tapar provisionalmente el agujero por donde entra el agua?

Cuanto mayor era mi angustia apareció una gasolinera que venía a toda marcha hacia nosotros. En la proa y de pie, Za-Za, que había previsto lo que iba a suceder, y avisó a la Comandancia de Marina del peligro que corríamos. La mar se había encrespado, y para evitar el peligro que suponía izarme a bordo nos lanzaron un cable y nos remolcaron en pocos minutos hasta el muelle de Fomento. Jamás olvidaré la gallarda actitud de Za-Za, en pie en la gasolinera como un mascarón de proa, y me prometí coronar con ella mi abortado retablo del mar.

*ABC*, 5 de octubre de 1962